

Bitácora 11 – viernes 18 de marzo de 2016 Visita al taller en Caracas de Felipe Herrera, escultor y pintor

Conocí a Felipe Herrera hace unos años en mi paso por la Galería Artepuy, en Caracas. Posteriormente he tenido el honor de frecuentarlo y soy una *fan* de su trabajo. La destreza de un dibujo de trazo en plumilla, minucioso, suelto, a modo de fina filigrana, es una de las características en la obra de este artista venezolano que ha sabido imprimirle a la técnica un grado de perfección que posteriormente ha trasladado a su obra escultórica.

En esta oportunidad Herrera exhibe una antológica desde el pasado 6 de marzo, en los espacios del Ateneo de Caracas, con un total de 18 piezas provenientes de colecciones privadas así como las más recientes de la colección del artista. *Inexorable*, que así se llama la muestra, es además un tributo a aquellos amigos que ya han partido –el poeta Eugenio Montejo, el escritor Juan Carlos Palenzuela y los artistas plásticos Pedro León

Zapata, Luisa Richter y Alirio Palacios– y que dejaron la huella indeleble de la amistad, las querencias compartidas y el ineludible paso del tiempo.

Arte y poesía han estado siempre de la mano en la obra de Felipe Herrera. Sus dibujos se nutren de la impronta poética de Prevert, Montejo, Cortázar, Cuadra y algunos otros. La grafía es parte fundamental de este trabajo que

comunica desde lo sutil a la emocionalidad callada; desde la palabra escrita en runa de



trazo libre sobre casi cualquier soporte: una silla, una mesa, la tela de una pintura, el propio muro que sustenta la obra; todo se vale a la hora de plasmar un pensamiento poético.

Con exactitud científica, Herrera esboza la tensión de una mano, las venas a flor de piel en cabezas equinas, la turgencia de un seno en delicado reposo, el tronco de un árbol seco hundido a la tierra infértil. Siempre desde el simbolismo. Manos que se entrelazan, que escriben, que sujetan objetos, que descansan sobre un leño seco, que señalan; pies que suben o bajan, se posan, pisan superficies; ojos que miran, que penetran; plumadas que evidencian el peso de la moralidad sobre la rigidez vertical de una “verdad” impuesta, no dialéctica; los escaques del tablero de ajedrez, luces y sombras en el transitar de la vida; corazones palpitantes, arterias comunicantes, manzanas del deseo, huevos que gestan vida, plumas de aves, rosas eternas, una vulva que florece, sillas, relojes, péndulos, triángulos, conos, cubos, esferas...mucho de ello en primorosas cajas contentivas de tan preciados objetos. Sutil presencia entre la

bidimensionalidad de una pintura con austeridad del color aunque profusamente dibujada, y la objetualidad hecha comparecencia viva. Es una obra reflexiva, una obra inexorable...como el tiempo.



Le insisto a Felipe que tenemos que encontrarnos; nos debemos una charla profunda, tranquila, en la que podamos ponernos al día en cuanto a sus próximos proyectos. Me gustaría ver su trabajo en proceso y ¿qué mejor lugar que en su propio taller? Con la promesa de una reunión en breve, me despido hasta 4 días después. Me recibe una de estas tardes ya calurosas, en la Caracas del ruido y la incertidumbre, junto a Alexia –su amiga y compañera– en su casa de habitación donde está su lugar de trabajo.

Momentos como estos suelen ser un oasis para el alma y la conversa fluye tranquila, sosegada. Felipe Herrera es un caballero; hombre culto, sencillo, de hablar suave aunque muy determinado en sus ideas y conceptos.

Su obra se explica por sí misma, no necesita la interpretación del artista. Arquetipos, símbolos, códigos, rasgos sensibles de su mundo interior, situaciones vivenciales; todo conforma este mundo plástico/poético en el que el espíritu de la palabra se evidencia como textura, como trama dentro del trabajo artístico.



El maestro Herrera es un ávido lector y melómano. Nuestro tiempo discurre al compás de la armonía barroca de Bach, entre pasajes de la *Rayuela* de Cortázar y un volumen antológico con textos poéticos de Prevert. Es una delicia transitar por estas lecturas de la mano del artista. Su voz tranquila y serena recorre las páginas de su afecto, viaja por el texto poético y en confidencia me comenta: *la poesía está presente porque es la estructura de mi trabajo. A veces puede no estar signado en la palabra sino en la forma.* Y es cierto, su obra se convierte en un discurso poético donde la escritura en ocasiones y sin intención alguna, deviene en grafía encriptada.

Felipe Herrera es austero, desprendido, con un sentido de pertenencia al cosmos y por un gran respeto a la naturaleza, *como San Francisco; en mí permanece la fe*, dice. No es católico practicante pero el personaje por el que siente devoción es Jesucristo. *Si somos hechos a imagen y semejanza de Dios, entonces somos como Él*, acota.

El artista se presentará en Londres, en el marco de un festival de las artes durante la primavera de este año. Adicionalmente trabaja en un gran proyecto expositivo que se llevará a cabo en Madrid en 2017. La muestra reúne un aproximado de 18 piezas producidas entre 2005 y 2016.

Me despido del maestro, con la alegría inmensa de haber conocido un poco más ese mundo sensible que nos transmite. Coincido plenamente con su amiga la poetisa Rosario Anzola, cuando en alguna oportunidad le dijo: *Felipe, tú eres poeta prestado a las artes plásticas.*

Lieska Husband S.

Imágenes y video:  
Lieska Husband S.